

Leer es mi cuento 18

Cuentos de la selva

HORACIO QUIROGA



Este libro es gratuito, prohibida su reproducción y venta.



Leer es mi cuento 18

Cuentos de la selva

HORACIO QUIROGA



**MINISTERIO DE
CULTURA DE COLOMBIA**
Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

**MINISTERIO DE
EDUCACIÓN NACIONAL**
Yaneth Giha
Ministra de Educación

AUTOR
Horacio Quiroga

EDITOR
Iván Hernández

COORDINADORA EDITORIAL
Laura Pérez

ILUSTRADORA
Luisa Uribe

COMITÉ EDITORIAL
Consuelo Gaitán
Iván Hernández
Jorge Orlando Melo
Moisés Melo

Primera edición, 2016

**Material de
distribución gratuita.**

*Los derechos de esta edición,
incluyendo las ilustraciones,
corresponden al Ministerio de
Cultura; el permiso para su
reproducción física o digital se
otorgará únicamente en los casos
en que no haya ánimo de lucro.
Agradecemos solicitar el permiso
escribiendo a:*

literaturaylibro@mincultura.gov.co



EL AGUTÍ Y EL CIERVO

* 5 *

ANACONDA

** 15 **

LA GAMA CIEGA

*** 35 ***



El agutí y el ciervo

5

El amor a la caza es tal vez la pasión que más liga al hombre moderno con su remoto pasado. En la infancia es, sobre todo, cuando se manifiesta más ciego este anhelo de acechar, perseguir y matar a los pájaros, crueldad que sorprende en criaturas de corazón de oro. Con los años, esta pasión se aduerme; pero basta a veces una ligera circunstancia para que ella resurja con violencia extraordinaria.

Yo sufrí una de estas crisis hace tres años, cuando hacía ya diez años que no cazaba.

Una madrugada de verano, fui arrancado del estudio de mis plantas por el aullido de una jauría de perros de caza que atronaban el monte, muy cerca de casa. Mi tentación fue grande, pues yo sabía que los perros de monte no aúllan sino cuando han visto ya a la bestia que persiguen al rastro.



Durante largo rato logré contenerme. Al fin, no pude más y, machete en mano, me lancé tras el latir de la jauría.

En un instante, estuve al lado de los perros, que trataban en vano de trepar a un árbol. Dicho árbol tenía un hueco que ascendía hasta las primeras ramas y, aquí dentro, se había refugiado un animal.

Durante una hora busqué en vano cómo alcanzar a la bestia, que gruñía con violencia. Al fin, distinguí una grieta en el tronco, por donde vi una piel áspera y cerdosa. Enloquecido por el ansia de la caza y el ladrar sostenido de los perros, que parecían animarme, hundí por dos veces el machete dentro del árbol.

Volví a casa profundamente disgustado de mí mismo. En el instante de matar a la bestia roncante, yo sabía que no se trataba de un jabalí ni cosa parecida. Era un agutí, el animal más inofensivo de toda la creación. Pero, como hemos dicho, yo estaba enloquecido por el ansia de la caza, como los cazadores.

Pasaron dos meses. En esa época, nos regalaron un ciervito que apenas contaría siete días de edad. Mi hija, aún niña, lo criaba con mamadera. En breve tiempo, el ciervito aprendió a conocer las horas de su comida y surgía entonces del fondo de los bambúes a lamer el borde del delantal de mi chica, mientras gemía con honda y penetrante dulzura. Era el mimado de casa y de todos nosotros. Nadie, en verdad, lo ha merecido como él.




Tiempo después, regresamos a Buenos Aires y trajimos al ciervito con nosotros. Lo llamábamos Dick. Al llegar al chalet que tomamos en Vicente López, resbaló en el piso de mosaico, con tan poca suerte que horas después rengueaba aún.

Muy abatido, fue a echarse entre el macizo de cañas de la quinta, que debían recordarle vivamente sus selvosos bambúes de Misiones. Lo dejamos allí tranquilo, pues el tejido de alambre alrededor de la quinta era garantía de su permanencia en casa. Ese atardecer llovió, como había llovido persistentemente los días anteriores, y cuando de noche regresé del centro, me dijeron en casa que el ciervito no estaba más.


La sirvienta contó que, al caer la noche, creyeron sentir chillidos afuera. Inquietos, mis chicos habían recorrido la quinta con la linterna eléctrica, sin hallar a Dick.

Nadie durmió en casa tranquilo esa noche. A la mañana siguiente, muy temprano, seguía en la quinta el rastro de las pisadas del ciervito, que me llevaron hasta el portón. Allí comprendí por dónde había escapado Dick, pues las puertas de hierro ajustaban mal en su parte inferior. Afuera, en la vereda de tierra, las huellas de sus uñas persistían durante un trecho, para perderse luego en el barro de la calle, trilladísimo por el paso de las vacas.

An illustration in a muted, teal-green color palette. In the foreground, a man is shown from the chest up, wearing a wide-brimmed tan hat and a white long-sleeved shirt. He is looking towards the right. Behind a barbed wire fence, a dead deer with brown fur and white spots lies on the ground. The background features rolling hills, trees, and some small bushes. The overall mood is somber and quiet.

La mañana era muy fría y lloviznaba. Hallé al lechero de casa, quien no había visto a Dick. Fui hasta el almacén, con igual resultado. Miré, entonces, a todos lados en la mañana desierta: nadie a quien pedir informes de nuestro ciervito.

Buscando a la ventura, lo hallé, por fin, tendido contra el alambrado de un terreno baldío. Pero estaba muerto de dos balazos en la cabeza.



Es menester haber criado algo con extrema solicitud –hijo, animal o planta– para apreciar el dolor de ver concluir en el barro de un callejón de pueblo a una dulce criatura de monte, toda vida y esperanza. Había sido muerta de dos tiros en la cabeza. Y para hacer esto se necesita...

Bruscamente me acordé de la interminable serie de dulces seres a quienes yo había quitado la vida. Y recordé al agutí de tres meses atrás, tan inocente como nuestro ciervito. Recordé mis cacerías de muchacho; me vi retratado en el chico de la vecindad, que la noche anterior, a pesar de sus balidos, y ebrio de caza, le había apoyado por dos veces en la frente su pistola matagatos.

Ese chico, como yo a su edad, también tenía el corazón de oro...

¡Ah! ¡Es cosa fácil quitar cachorros a sus madres! ¡Nada cuesta cortar bruscamente su paz sin desconfianza, su tranquilo latir! Y cuando un chico animoso mata en la noche a un ciervito, duele el corazón horriblemente, porque el ciervito es nuestro...

Mientras lo retornaba en brazos a casa, aprecié por primera vez en toda su hondura lo que es apropiarse de una existencia. Y comprendí el valor de una vida ajena, cuando lloré su pérdida en el corazón.



Anaconda

15

En una noche oscura y tempestuosa, Cruzada, una grande y hermosa víbora de la cruz, avanzaba por un sendero del monte. La yará iba de caza. Cuatro horas habían pasado ya sin encontrar un animal de qué hacer presa, cuando oyó fuertes pisadas. Un instante después un hombre pasaba a su lado y se alejaba, sin que la víbora hubiera vuelto en sí de su sorpresa.

¡Un hombre! Preciso es concebir por un momento las ideas de un animal salvaje y, particularmente, las de una víbora, para apreciar lo que esta palabra, «hombre», significaba para los habitantes de la selva.

Hasta ese instante, la región de bosque que habitaban Cruzada y sus compañeras había sido virgen: es decir, que el hombre no había ido todavía a vivir en ella. Desde el momento en que él se instalaba allí, un terrible peligro se cernía sobre los animales salvajes.



Las serpientes eran, sin embargo, las que más deberían sufrir, en razón de la eterna y sangrienta enemistad que reina entre hombres y víboras. El peligro era gravísimo. A la noche siguiente las víboras, avisadas con toda urgencia por Cruzada, se reunían en una caverna a deliberar.

Cambiáronse cien opiniones y se trazaron diez planes de campaña distintos. Pero triunfó el parecer de Cruzada, quien dijo que nada podía hacerse sin averiguar antes cuántos eran los hombres, dónde vivían y qué hacían.

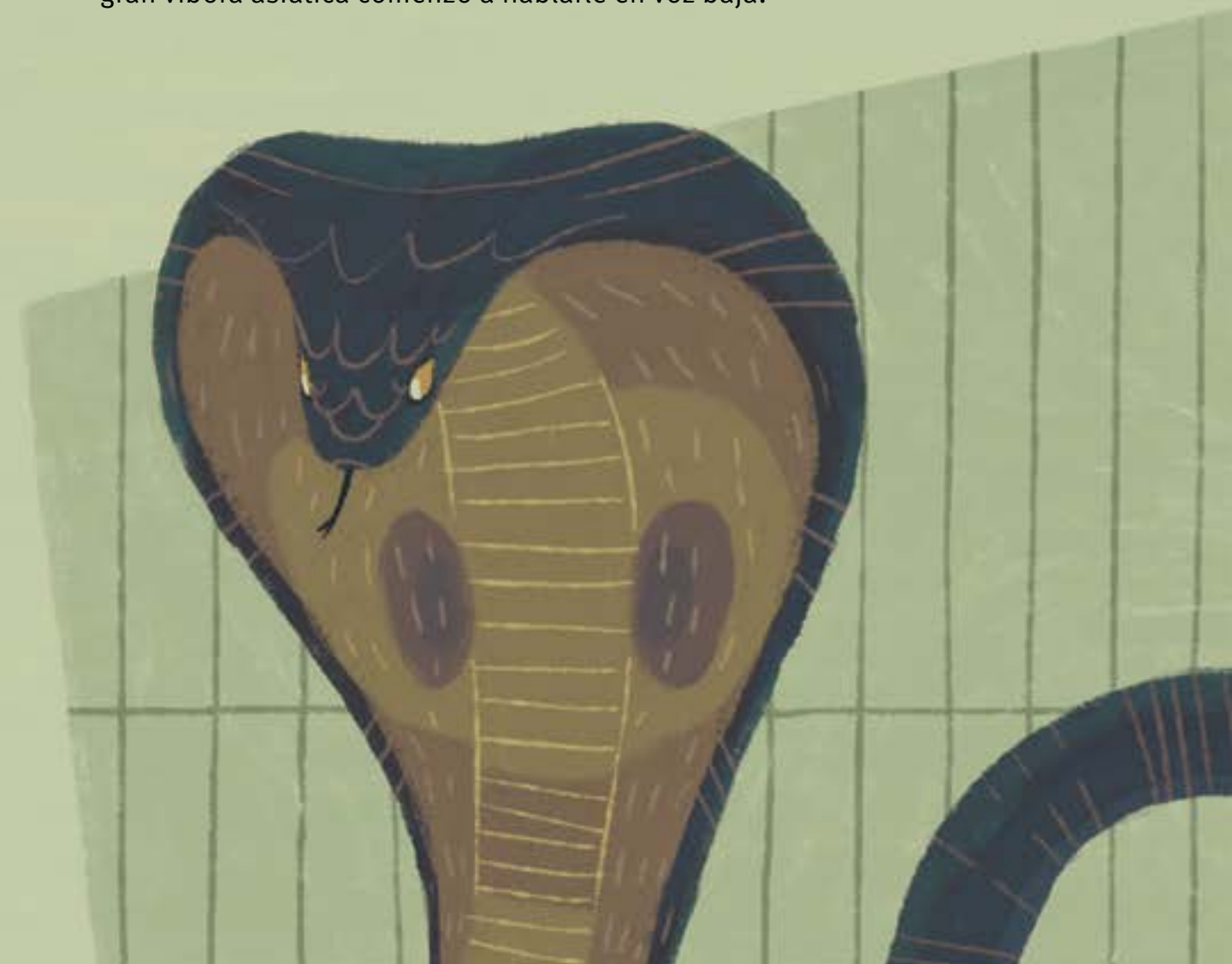
Cruzada se ofreció a ir esa misma tarde a explorar el terreno para trazar después, de acuerdo con lo que viera, un plan de guerra contra sus enemigos. Fue otra vez aceptada la proposición de Cruzada, cosa no extraña si se consideran la inteligencia y el valor de esta gran yarará.

Cruzada acababa de resolver el sacrificio de su vida, ofreciéndose a ir en pleno día al encuentro de los hombres y a ser muerta, como era lo más probable.

Pero no fue muerta sino cazada con una lazo corredizo por un hombre que, acompañado por tres negros, la había descubierto en el umbral del chalet. Llevándola colgando, el hombre la arrojó dentro de una jaula cerrada con tejido de alambre. En una jaula más pequeña, Cruzada vio una enorme víbora con el cuello monstruosamente hinchado, que le habló así:

—¡Óyeme, pequeña yarará! Tú no me conoces. Mi patria está muy lejos de aquí, en el continente asiático, en la India. Mi nombre es Cobra Capelo Real. Soy la más grande, la más fuerte y la más venenosa de todas las víboras, y donde pongo mis colmillos pongo el sello de la muerte. ¿Sabes lo que hacemos nosotras aquí y por qué te han hecho prisionera en vez de matarte? Te lo voy a decir: estamos aquí para que los hombres del chalet, sabios naturalistas, nos extraigan el veneno cada quince o veinte días, para preparar luego con él un suero contra nuestras mordeduras. ¿Concibes algo más horrible? Oye ahora cuál es mi plan para fugarnos.

Cruzada se acercó hasta rozar con la cabeza el tejido de alambre y la gran víbora asiática comenzó a hablarle en voz baja.





El plan de fuga era de muy difícil ejecución y se confiaba para llevarlo a cabo en la gran resistencia que tienen las víboras a envenenarse con su propio veneno o el de sus semejantes.

Debían proceder así: Cruzada se dejaría morder por la Cobra Capelo Real. Si el veneno poderosísimo de la cobra alcanzaba a matarla, el plan había fracasado. Si la yarará resistía a la mordedura, quedaría como muerta. Los peones del chalet, al hallarla así, la tirarían fuera de la jaula grande, por inútil ya. Acto continuo, los mismos peones llevarían a la cobra real al chalet para extraerle el veneno, pues ése era el día indicado para ello. Si mientras los hombres apretaban las mandíbulas de la gran cobra para que vertiera su veneno en un vidrio de reloj, Cruzada había tenido tiempo de volver en sí y entraba en el laboratorio del chalet, la cobra y Cruzada se habían salvado, porque la yarará clavaría sus colmillos en el pie del hombre que sujetaba a la asiática. El hombre, entonces, al abrir las manos por el dolor de la mordedura, dejaría escapar a la gran cobra. En seguida, las dos víboras, aprovechándose de la confusión producida, huirían a toda carrera.

Punto por punto y tal como lo hemos detallado, el plan se realizó: la mordedura de la cobra a la yarará, el desmayo de ésta, la recolección de veneno, el ataque de Cruzada al hombre y la fuga final de las dos víboras.



Esa misma noche, Cruzada se presentaba en la caverna acompañada de una gran serpiente que nadie conocía. En un momento, Cruzada enteró a sus hermanas de la milagrosa huida, que se debía en gran parte a la inteligencia de la serpiente extranjera.

Pero, desde el primer momento, el orgullo y la mirada oblicua de la cobra real habían impresionado mal a las víboras. Evidentemente, la cobra desprecia a las víboras del país, pues ninguna de ellas podía medirse en tamaño, fuerza e inteligencia con la gran cobra. Este desprecio lo notaron tanto Cruzada como sus compañeras y la situación amenazaba tornarse tirante, cuando una joven serpiente de cerca de tres metros de largo entró en la caverna, cambiando al pasar una guiñada de inteligencia con Cruzada.



¿Quién era esa intrusa y qué hacía allí, pues la asamblea reunía exclusivamente a las serpientes venenosas?

Era Anaconda, la más grande y fuerte de todas las serpientes conocidas. La recién llegada era todavía muy joven a pesar de su tamaño, pues al llegar a todo su desarrollo, las anacondas pueden alcanzar hasta diez metros de largo. Pero, cachorro y todo, su fuerza era tan grande que podía atreverse a sostener una lucha cuerpo a cuerpo con la venenosísima Cobra Capelo Real, que medía cuatro metros.

Ya sabemos quién era la intrusa. ¿Pero por qué estaba allí, entre sus primas hermanas, las víboras?

Porque esa misma tarde, horas después de la fuga, Cruzada había contado el incidente a su gran amiga Anaconda, explicándole al mismo tiempo las dudas que abrigaba sobre el pérfido carácter de la serpiente asiática. Dudas de las que, como acabamos de verlo, habían participado sus hermanas.

–¿Qué me aconsejas, Anaconda? –le había preguntado ansiosamente Cruzada.

–Deja por mi cuenta, prima, a la señora asiática –concluyó alegremente Anaconda–. Esta noche iré a hacerles una visita.

Y, como acabamos de ver, Anaconda había cumplido su palabra.

Aquella sesión del congreso de las víboras fue muy tormentosa. La cobra real, que tenía también sumo interés en luchar contra los naturalistas del chalet, había propuesto un plan de campaña que consistía en ir esa misma noche a matar a los hombres.

–Tal vez no alcancemos a matar a dos –dijo–, pero los que queden huirán al día siguiente.

–Ni alcanzaremos a matar a ninguno, ni los hombres huirán –repuso Anaconda–. Ese plan es insensato. Los hombres son demasiado inteligentes para que podamos vencerlos enseguida. Busquemos unos días más el modo de luchar contra ellos. Si nos apresuramos y los atacamos esta misma noche, estamos perdidas. Mañana mismo no quedará una de nosotras, víboras y serpientes.

–¡Esta culebreja habla así porque tiene miedo! –exclamó con desprecio la cobra real.

–¡Miedo yo! –repuso Anaconda irguiéndose, mientras sus ojos brillaban como ascuas.


–¡Paz, paz! –clamaron todas las víboras, interviniendo–. Sigamos el consejo de nuestra huésped, la cobra real. Si su plan fracasa, seguiremos el de Anaconda.

–Lo que prueba –respondió Anaconda– que todas ustedes se dejan imponer por el gran cuello hinchado de esta señorita de la India. Oigan bien lo que les digo: ¡Si van ustedes esta misma noche a matar a los hombres, mañana a mediodía no queda una de ustedes viva!

–Y bien, ¡iremos aunque muramos todas!– clamaron las víboras–. Si tú tienes miedo de ir, te quedas.

–En otra ocasión –contestó Anaconda con desprecio–, hubiera hecho tragar esas palabras a la que acaba de hablar. Pero ustedes están enloquecidas por esta señora y no ven su traición. Con ella me he de entender yo después. ¡Ahora, a matar a los hombres, encantadoras primas! ¡Y la que quede que cuente el cuento!





Una hora más tarde, todas las víboras de la región, convocadas apresuradamente, luchaban en la oscuridad con los perros negros que habían visto Anaconda y Cruzada, y que, por estar inmunizados contra el veneno de las víboras, podían resistir el ataque de decenas de víboras.

Al cabo de un rato de lucha en la oscuridad cuatro focos de luz deslumbradora surgieron entre los combatientes: eran linternas eléctricas de los hombres del chalet que, despertados por los ladridos de los perros, hacían irrupción entre las víboras, quebrando espinazos a diestra y siniestra con sus varas duras y flexibles.

En un instante la situación cambió. Las víboras se lanzaban contra los hombres, pero eran deshechas por los dientes de los perros y partidas por el medio, de un golpe de vara. Además, la luz viva de los focos eléctricos enceguecía a las yaras. De modo que la voz: ¡Huyamos! ¡Huyamos! ¡Sálvese quien pueda! cundió entre la filas de las víboras.

Por el sendero que llevaba al bosque huían las víboras derrotadas, manchadas de sangre, con las escamas rotas y llenas de tierra. A lo lejos se oía ladrar roncamente a los perros que les seguían el rastro.

Los hombres las perseguían.

Anaconda y Cruzada, una al lado de la otra, cambiaban algunas palabras mientras huían a escape entre la banda de víboras.

–¡Tenías razón, Anaconda! –decía amargamente Cruzada–. Podría jurar ahora que la cobra maldita nos ha traído exprofeso al exterminio.

–¡Déjala por mi cuenta! –repuso Anaconda–. Tú puedes escaparte si quieres, Cruzada.

–¿Y tú qué haces, Anaconda?

–¿Yo? –repuso Anaconda–. Por estúpidas que se hayan mostrado en esta ocasión tus hermanas, van ahora a hacerse matar valientemente frente a su caverna. Me sacrifico con ellas por la raza. Pero antes voy a arreglar una pequeña cuenta con la Cobra Capelo.

–¡Bien, Anaconda! –sonrió con orgullo Cruzada–. Te reconozco en este rasgo. ¡Moriré contigo!

Ya había llegado a la caverna la tropa de víboras derrotadas. Pero ninguna quiso buscar en sus lóbregos refugios una salvación problemática.

–¡Compañeras! –se alzó en el trágico silencio la voz vibrante de Anaconda–. Dentro de cinco minutos, como tuve el honor de advertirlo esta noche misma, ninguna de nosotras existirá. Yo entré por amistad con una de ustedes en un asunto que no era mío y él me cuesta la vida. No me quejo ni me arrepiento.

Pero me arrepentiría, en cambio, hasta tornar execrable el nombre de Anaconda hasta el final de los siglos, si no pidiera cuentas estrechas a esa intrusa asiática de la tremenda hecatombe a que las ha arrastrado a ustedes. ¡Sí, a ti me refiero, mal bicho asiático, que tratas ahora de esconderte! –concluyó Anaconda volviéndose a la cobra real.

Y, lanzándose al encuentro de la cobra, los 92 dientes de Anaconda hicieron presa en el lomo de la gran Cobra Capelo Real. La cobra devolvió el ataque y sus mandíbulas se cerraron sobre el cuello de Anaconda.

Durante un rato, la lucha estuvo casi entera de parte de la cobra. Anaconda sentía crujir los huesos del cuello. Si no lograba envolver a la cobra en los potentes anillos de su cuerpo estaba perdida. Poco a poco, sin embargo, logró hacerlo y, aunque ya envenenada y con horribles dolores, comenzó a ceñir a la gran cobra en su mortal abrazo.

Ya hemos dicho que la fuerza muscular de Anaconda es inmensa. Como estrujada en un torno infernal, la cobra abrió la boca, asfixiada, mientras su enemiga se acercaba cada vez más con los dientes a la cabeza de la serpiente del Asia. Sus dientes alcanzaron el capuchón, ascendieron mas todavía y se cerraron por fin sobre la cabeza de la cobra, triturándole lentamente los huesos.

Anaconda descinó los anillos de su cuerpo y la gran cobra cayó al suelo como una masa inerte: estaba muerta. Un instante después, Anaconda caía también y quedaba inmóvil.

El duelo acababa de terminar cuando los hombres y sus perros caían sobre las víboras. En vano todas las que quedaban, indemnes o heridas, se lanzaron sobre los hombres. Entre los dientes de los perros, que retorcían en un segundo el cuello de las víboras, y las varas de los hombres, que partían por el medio a las yaras, las víboras, orgullo y terror de la selva virgen, fueron cayendo frente a la caverna.

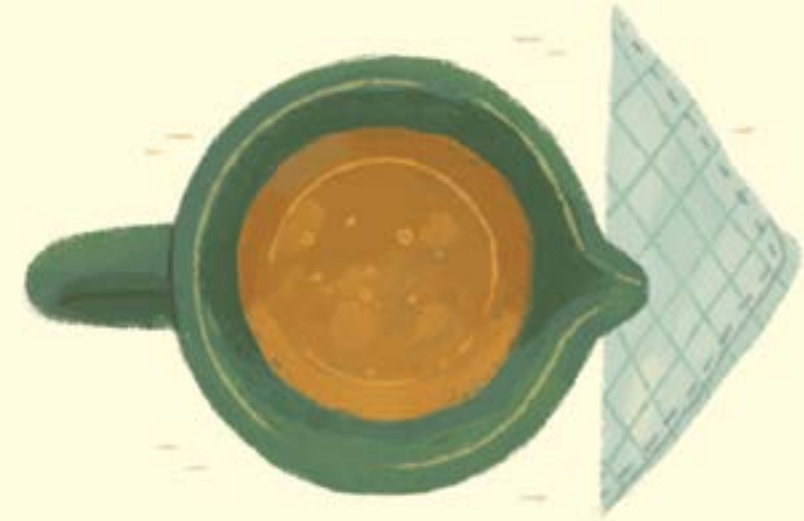
Cayeron valientemente una por una, sin pedir tregua ni perdón, y una de las últimas en caer fue la valiente Cruzada.

Cuando los hombres recogieron a todas las víboras muertas para quemarlas en un solo montón, el jefe de ellos notó que Anaconda vivía todavía.

—¿Qué haría aquí esta serpiente —se preguntó—, entre estas malas bestias venenosas? Llevémosla al chalet, para que se acostumbre a vivir entre nosotros.

Llevaron, en efecto, con ellos a Anaconda, que, a pesar de estar muy envenenada, pudo salvarse. Vivió domesticada algo más de un año con los hombres, hasta que un día remontó nadando el río Paraná hasta la selva de donde había venido.





La gama ciega

35

Había una vez un venado –una gama– que tuvo dos hijos mellizos, cosa rara entre los venados. Un gato montés se comió a uno de ellos, y quedó sólo la hembra. Las otras gamas, que la querían mucho, le hacían siempre cosquillas en los costados. Su madre le hacía repetir todas las mañanas, al rayar el día, la oración de los venados. Y dice así:

*I. Hay que oler bien primero las hojas antes de comerlas,
porque algunas son venenosas.*

*II. Hay que mirar bien el río y quedarse quieto antes de bajar a beber,
para estar seguro de que no hay yacarés.*

*III. Cada media hora hay que levantar bien alta la cabeza
y oler el viento, para sentir el olor del tigre.*

*IV. Cuando se come pasto del suelo, hay que mirar siempre
antes los yuyos para ver si hay víboras.*



Este es el padrenuestro de los venados chicos. Cuando la gamita lo hubo aprendido bien, su madre la dejó andar sola. Una tarde, sin embargo, mientras la gamita recorría el monte comiendo las hojitas tiernas, vio de pronto ante ella, en el hueco de un árbol que estaba podrido, muchas bolitas juntas que colgaban. Tenían un color oscuro, como el de las pizarras. ¿Qué sería? Ella tenía también un poco de miedo, pero como era muy traviesa, dio un cabezazo a aquellas cosas, y disparó. Vio entonces que las bolitas se habían rajado, y que caían gotas. Habían salido también muchas mosquitas rubias de cintura muy fina, que caminaban apresuradas por encima. La gama se acercó, y las mosquitas no la picaron. Despacito, entonces, muy despacito, probó una gota con la punta de la lengua, y se relamió con gran placer: aquellas gotas eran miel, y miel riquísima, porque las bolas de color pizarra eran una colmena de abejas que no picaban porque no tenían aguijón. Hay abejas así. En dos minutos la gamita se tomó toda la miel, y loca de contenta fue a contarle a su mamá. Pero la mamá la reprendió seriamente.

–Ten mucho cuidado, mi hija –le dijo– con los nidos de abejas. La miel es una cosa muy rica, pero es muy peligroso ir a sacarla. Nunca te metas con los nidos que veas.

La gamita gritó contenta: –¡Pero no pican, mamá! Los tábanos y las uras sí pican; las abejas no.

–Estás equivocada, mi hija –continuó la madre–. Hoy has tenido suerte, nada más. Hay abejas y avispa muy malas. Cuidado, mi hija; porque me vas a dar un gran disgusto.

–¡Sí, mamá! ¡Sí, mamá! –respondió la gamita.

Pero lo primero que hizo a la mañana siguiente fue seguir los senderos que habían abierto los hombres en el monte, para ver con más facilidad los nidos de abejas. Hasta que al fin halló uno.



Esta vez el nido tenía abejas oscuras, con una fajita amarilla en la cintura, que caminaban por encima del nido. El nido también era distinto; pero la gamita pensó que, puesto que estas abejas eran más grandes, la miel debía ser más rica.

Se acordó asimismo de la recomendación de su mamá; mas creyó que su mamá exageraba, como exageran siempre las madres de las gamitas. Entonces le dio un gran cabezazo al nido. ¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! Salieron enseguida cientos de avispa, miles de avispa que la picaron en todo el cuerpo, le llenaron todo el cuerpo de picaduras, en la cabeza, en la barriga, en la cola; y lo que es mucho peor, en los mismos ojos. La picaron más de diez en los ojos. La gamita, loca de dolor, corrió y corrió gritando, hasta que de repente tuvo que pararse porque no veía más; estaba ciega, ciega del todo. Los ojos se le habían hinchado enormemente, y no veía más. Se quedó quieta entonces, temblando de dolor y de miedo, y sólo podía llorar desesperadamente.

—¡Mamá!... ¡Mamá!...



Su madre, que había salido a buscarla, porque tardaba mucho, la halló al fin, y se desesperó también con su gamita que estaba ciega. La llevó paso a paso hasta su cubil, con la cabeza de su hija recostada en su pescuezo, y los bichos del monte que encontraban en el camino se acercaban todos a mirar los ojos de la infeliz gama. La madre no sabía qué hacer. ¿Qué remedios podía hacerle ella? Ella sabía bien que en el pueblo que estaba del otro lado del monte vivía un hombre que tenía remedios. El hombre era cazador, y cazaba también venados, pero era un hombre bueno. La madre tenía miedo, sin embargo, de llevar a su hija a un hombre que cazaba gamas.

Como estaba desesperada se decidió a hacerlo. Pero antes quiso ir a pedir una carta de recomendación al oso hormiguero, que era un gran amigo del hombre. Salió, pues, después de dejar a la gamita bien oculta, y atravesó corriendo el monte, donde el tigre casi la alcanza. Cuando llegó

a la guarida de su amigo, no podía dar un paso más de cansancio. Este amigo era, como se ha dicho, un oso hormiguero; pero era de una especie pequeña, cuyos individuos tienen un color amarillo, y por encima del color amarillo una especie de camiseta negra sujeta por dos cintas que pasan por encima de los hombros. Tienen también la cola prensil, porque siempre viven en los árboles, y se cuelgan de la cola. ¿De dónde provenía la amistad estrecha entre el oso hormiguero y el cazador? Nadie lo sabía en el monte; pero alguna vez ha de llegar el motivo a nuestros oídos.

La pobre madre, pues, llegó hasta el cubil del oso hormiguero.

—¡Tan! ¡tan! ¡tan! —llamó jadeante.


—¿Quién es? —respondió el oso hormiguero.

—¡Soy yo, la gama!

—¡Ah, bueno! ¿Qué quiere la gama?

—Vengo a pedirle una tarjeta de recomendación para el cazador.

La gamita, mi hija, está ciega.



—¿Ah, la gamita? —le respondió el oso hormiguero—. Es una buena persona. Si es por ella, sí le doy lo que quiere. Pero no necesita nada escrito... Muéstrele esto, y la atenderá.

Y con el extremo de la cola, el oso hormiguero le extendió a la gama una cabeza seca de víbora, completamente seca, que tenía aún los colmillos venenosos.

—Muéstrele esto —dijo aún el comedor de hormigas—. No se precisa más.

—¡Gracias, oso hormiguero! —respondió contenta la gama—. Usted también es una buena persona—. Y salió corriendo, porque era muy tarde y pronto iba a amanecer.

Al pasar por su cubil recogió a su hija, que se quejaba siempre, y juntas llegaron por fin al pueblo, donde tuvieron que caminar muy despacito y arrimarse a las paredes, para que los perros no las sintieran. Ya estaban ante la puerta del cazador.

—¡Tan! ¡tan! ¡tan! —golpearon.

—¿Qué hay? —respondió una voz de hombre, desde adentro.



–¡Somos las gamas!... ¡TENEMOS LA CABEZA DE VIBORA! –la madre se apuró a decir esto, para que el hombre supiera bien que ellas eran amigas del oso hormiguero.

–¡Ah, ah! –dijo el hombre, abriendo la puerta–. ¿Qué pasa?

–Venimos para que cure a mi hija, la gamita, que está ciega–. Y contó al cazador toda la historia de las abejas.

–¡Hum!... Vamos a ver qué tiene esta señorita –dijo el cazador. Y volviendo a entrar en la casa, salió de nuevo con una silla alta, e hizo sentar en ella a la gamita para poderle ver bien los ojos sin agacharse mucho. Le examinó así los ojos, bien de cerca con un vidrio muy redondo y muy grande, mientras la mamá alumbraba con el farol de viento colgado de su cuello.

–Esto no es gran cosa –dijo por fin el cazador, ayudando a bajar a la gamita–. Pero hay que tener mucha paciencia. Póngale esta pomada en los ojos todas las noches, y téngale veinte días en la oscuridad. Después póngale estos lentes amarillos, y se curará.

–¡Muchas gracias, cazador! –respondió la madre, muy contenta y agradecida–. ¿Cuánto le debo?

–No es nada –respondió sonriendo el cazador–. Pero tenga mucho cuidado con los perros, porque en la otra cuadra vive precisamente un hombre que tiene perros para seguir el rastro de los venados.

Las gamas tuvieron gran miedo; apenas pisaban, y se detenían a cada momento. Y con todo, los perros las olfatearon y las corrieron media legua dentro del monte. Corrían por una picada muy ancha, y delante la gamita iba balando. Tal como lo dijo el cazador se efectuó la curación. Pero sólo la gama supo cuánto le costó tener encerrada a la gamita en el hueco de un gran árbol, durante veinte días interminables.

Adentro no se veía nada. Por fin una mañana la madre apartó con la cabeza el gran montón de ramas que había arrimado al hueco del árbol para que no entrara luz, y la gamita, con sus lentes amarillos, salió corriendo y gritando:

—¡Veo, mamá! ¡Ya veo todo!

Y la gama, recostando la cabeza en una rama, lloraba también de alegría, al ver curada a su gamita. Y se curó del todo. Pero aunque curada, y sana y contenta, la gamita tenía un secreto que la entristecía.

Y el secreto era éste: ella quería a toda costa pagarle al hombre que tan bueno había sido con ella y no sabía cómo. Hasta que un día creyó haber encontrado el medio. Se puso a recorrer la orilla de las lagunas y bañados, buscando plumas de garza para llevarle al cazador. El cazador, por su parte, se acordaba a veces de aquella gamita ciega que él había curado. Y una noche de lluvia estaba el hombre leyendo en su cuarto, muy contento porque acababan de componer el techo de paja, que ahora no se llovía más; estaba leyendo cuando oyó que llamaban. Abrió la puerta, y vio a la gamita que le traía un atadito, un plumerito todo mojado de plumas de garza. El cazador se puso a reír, y la gamita, avergonzada porque creía que el cazador se reía de su pobre regalo, se fue muy triste. Buscó entonces plumas muy grandes, bien secas y limpias, y una semana después volvió con ellas; y esta vez el hombre, que se había reído la vez anterior de cariño, no se rió esta vez porque la gamita no comprendía la risa.

Pero en cambio le regaló un tubo de tacuara lleno de miel, que la gamita tomó loca de contento. Desde entonces la gamita y el cazador fueron grandes amigos. Ella se empeñaba siempre en llevarle plumas de garza que valen mucho dinero, y se quedaba horas charlando con el hombre. El ponía siempre en la mesa un jarro enlozado lleno de miel, y arrimaba la sillita alta para su amiga.

A veces le daba también cigarras que las gamas comen con gran gusto, y no les hacen mal. Pasaban así el tiempo, mirando la llama, porque el hombre tenía una estufa a leña mientras afuera el viento y la lluvia sacudían el alero de paja del rancho. Por temor a los perros, la gamita no iba sino en las noches de tormenta.



Y cuando caía la tarde y empezaba a llover, el cazador colocaba en la mesa el jarrito de miel y la servilleta, mientras tomaba café y leía, esperando en la puerta el ¡tan-tan! bien conocido de su amiga la gamita.



Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO

Leer es mi cuento 1

De viva voz Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

Don Quijote de la Mancha

Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

Romeo y Julieta

William Shakespeare
(versión de Charles y Mary Lamb).

Leer es mi cuento 15

El patito feo

Cuento de Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16

Meñique

Cuento de José Martí

Leer es mi cuento 17

Poesía en español

Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 18

Cuentos de la selva

Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19

Cuentos de

Las mil y una noches

Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 20

El diablo de la botella

Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Usted puede leer los libros digitales de esta serie en:
www.maguare.gov.co/leeremicuento



Este libro del escritor uruguayo Horacio Quiroga cuenta cómo es la vida del hombre y de los animales en la selva. El autor conocía bien el corazón de uno y de otros. Sabía que en ese medio hostil, no hay mucha diferencia en sus comportamientos; que la astucia, la traición, la fuerza, son indispensables para sobrevivir; pero también la ternura, la generosidad y el heroísmo. Este libro es un homenaje al más grande de los escritores americanos de cuentos de la selva.

Yaneth Giha
MINISTRA DE EDUCACIÓN

Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA